

La Mafia de La Habana

Nuestra Cosa Nostra



Prólogo del autor

Como todo el mundo sabe, los cubanos somos el ombligo del mundo. Los judíos dicen ser el pueblo elegido de Dios, los cubanos somos el pueblo elegido por nosotros mismos. Es cierto que vivimos en una pequeña isla, pero como dijo Cristóbal Colón, Cuba es la tierra más *fermosa* que ojos humanos han visto. Somos el centro del mundo y el centro no necesita ser más grande que lo que gira a su alrededor. Siendo nosotros el pueblo elegido por nosotros mismos y viviendo en la Perla de las Antillas, no es de extrañar que los españoles, los yanquis, los rusos, y hasta los ingleses, hayan tratado cada uno en su momento de quedarse con nuestra querida isla.

Los cubanos somos sólo unos cuantos millones, pero hemos dado al mundo lo mejor de lo mejor. Los rusos tienen muy buenos ajedrecistas, pero el mejor ajedrecista de todos los tiempos fue el cubano José Raúl Capablanca. Digan lo que digan los yanquis, fue el médico cubano Carlos J. Finlay quien descubrió que eran los mosquitos los transmisores de la fiebre amarilla; y si bien es verdad que los españoles han dado al mundo grandes escritores y poetas, si hay que seleccionar un modelo de escritor y poeta comprometido con su tiempo, ese es nuestro apóstol José Martí.

Los cubanos no nos quedamos atrás en nada. Es cierto que fueron los italianos los que inventaron la mafia y que los yanquis los superaron durante la época de Al Capone; es cierto también que los colombianos dieron al mundo a Pablo Escobar, el zar de la coca, pero los cubanos aportamos al mundo la novedad de una mafia que tomó el control de todo el país.

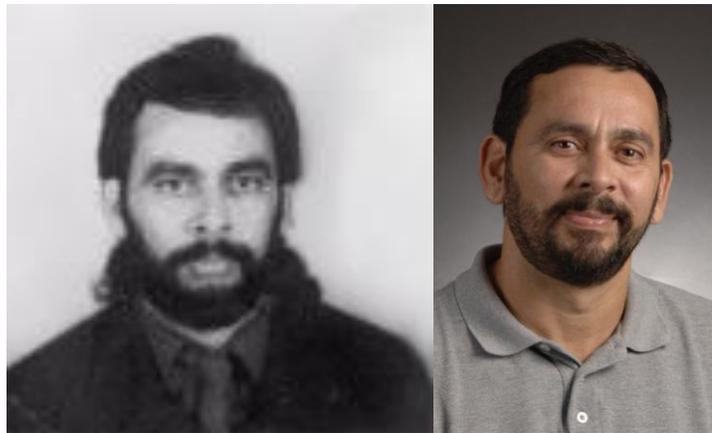
Del pueblo alemán salió un líder de la talla de Hitler. Los rusos produjeron a Stalin, los chinos a Mao y los camboyanos engendraron a Pol Pot. Nosotros tuvimos a Fidel Castro. La Historia no le dio al capo cubano la oportunidad de tener que tomar decisiones que implicaran la muerte de millones de seres humanos como sus colegas ruso, chino y alemán hicieron; pero él demostró ser un tipo tan duro como cualquiera de ellos cuando, durante la Crisis de los Misiles en 1962, le pidió a Nikita Krushov lanzar un ataque nuclear contra EE.UU.

Fidel Castro, como todos nosotros, fue un tipo inteligente. Su reino fue pequeño porque Cuba no es un gigante como Rusia o China, pero él tuvo la humildad que no tuvo el líder camboyano y se conformó con mandar a matar a unas cuantas decenas de miles de cubanos, y fue lo suficientemente sabio para no hacerlo de una manera tan primitiva como lo hizo Pol Pot. Ni siquiera la ilustre pareja de pícaros latinoamericanos formada por el peruano-japonés Fujimori y su asesor de seguridad Montesinos pueden competir con la ingeniosidad del famoso capo de nuestra *cosa nostra*.

Fujimori se las arregló para ser el primer presidente japonés del Perú, y Montesinos se dio gusto filmando con las manos en la masa a todos los que sobornó, pero ni Fujimori ni Montesinos supieron arreglárselas para pasarse más de 40 años robando y engañando a todo el mundo como hicieron nuestros pícaros.

Sobre las cosas y los casos de nuestra *cosa nostra* trata este breve libro. Para celebrar y exaltar a la Mafia de La Habana se escribe este libro, para que nadie dude de la ingeniosidad de los cubanos. Para educar a las nuevas generaciones de cubanos, para que nunca olvidemos que nosotros, los cubanos, somos el ombligo del mundo.

El Autor.



© 2001 por Luis Grave de Peralta Morell
Todos los derechos reservados

ISBN: 0-75966-199-5

Los nuestros

Hollywood, la meca del cine norteamericano, ha glorificado a los tipos duros de la mafia yanqui de la época de la ley seca. La gente siente una curiosidad morbosa, y ón a todos sus adversarios. No importa que los gángsteres sean gente violhasta admiración, por esos tipos duros capaces de imponerse sin contemplacienta y al margen de la ley, más bien eso es lo que la gente admira. La gente quiere saber la historia de la mafia... y Hollywood en películas como *El Padrino* le ha dado a la gente lo que la gente quiere. Y los yanquis se sienten orgullosos de sus héroes mafiosos, y los italianos disfrutan de las hazañas de su *cosa nostra*, y los colombianos se sienten orgullosos de la leyenda de Pablo Escobar. Pues bien, ya es hora que nosotros los cubanos nos demos a la tarea de exaltar a los nuestros.

La historia de la *cosa nostra* cubana está llena de episodios dignos de ser llevados a la pantalla grande. Tal vez un buen comienzo para una película sería la reconstrucción cinematográfica de los primeros tiempos de Fidel Castro en la Universidad de La Habana. En esa época la Universidad de La Habana gozaba, como la gran mayoría de las universidades latinoamericanas, de autonomía universitaria. Dos presidentes cubanos de la generación del 30, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás, se iniciaron en la vida política cubana ligados al movimiento estudiantil universitario. A finales de los años 40, cuando el joven Fidel Castro ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, varios grupos estudiantiles se disputaban el control de la representación de los estudiantes universitarios.

Decidido a no ser un don nadie, el hijo de terrateniente oriental se postuló como dirigente estudiantil de la Facultad de Derecho, cosa que no fue vista con buenos ojos por cierta pandilla estudiantil que conminó al estudiante novicio a abandonar sus pretensiones; pero aquel joven, acostumbrado desde niño a imponer su voluntad a los peones de su padre, tomó la decisión que marcaría toda su vida: desde entonces entró al recinto universitario portando una pistola. Así son los tipos duros: no piden, toman a punta de pistola lo que les corresponde.

Raúl Menéndez Tomassevich, uno de los más famosos jefes militares de la *cosa nostra* cubana, pertenece al anecdotario *heroico* de los presos

comunes de la cárcel de Boniato en Santiago de Cuba. Tomassevich y su amigo, un famoso criminal conocido por *Perro Chulo*, protagonizaron una espectacular fuga del penal y fueron a refugiarse a donde la mano de la policía no podía alcanzarlos... a la Sierra Maestra. Tomassevich siempre fue un tipo duro, lo fue entre los presos comunes de la cárcel de Boniato, y lo siguió siendo durante sus aventuras militares al mando de tropas cubanas en África.

El jefe del Movimiento 26 de Julio para la lucha clandestina en las ciudades, Frank Pais, murió acribillado a balazos por la policía batistiana. Frank era un joven religioso, pero no un mojigato religioso de esos que cuando le dan un piñazo en una mejilla ponen la otra para que se la apachurren también, nada de eso, nuestro Frank era un tipo duro. En una ocasión, bien a los inicios del uso del terrorismo como arma de lucha contra Batista, luego de que la policía política batistiana asesinara a uno de los miembros de la banda de Frank Pais, éste ripostó como sólo los duros saben hacer: Frank dio la orden de salir a la calle y matar al primer policía que se encontraran, fuera quien fuera... y así lo hicieron. Frank Pais personalmente dirigió la vendetta, se montaron en un carro, salieron a la calle, y balearon al primer policía de a pie con que se encontraron.

Si no hubiese sido por el flojo de Nikita Krushov, que era el jefe de los rusos cuando la Crisis del Caribe, en octubre de 1962 el mundo habría sabido que Fidel Castro es el tipo más duro que ha dado la historia. Cuando la cosa estaba bien caliente, con los barcos de guerra yanquis rodeando a nuestra isleta para evitar que los barcos rusos entraran con más tropas en Cuba, y estando Cuba llenita de misiles con cabezas nucleares apuntando al territorio de Estados Unidos, Castro le escribió la tan famosa carta a Nikita Krushov pidiéndole que no vacilara en lanzar un ataque nuclear contra los yanquis. Así son los tipos duros de verdad. La reacción de Nikita Krushov a la carta de Fidel Castro demuestra a las claras que el líder ruso se dio cuenta de con quién se las tenía que ver... y que le faltaban agallas para lidiar con el capo de nuestra *cosa nostra*.

En tiempos difíciles un tipo duro tiene que ser capaz de tomar decisiones extremas. Ante el peligro tremendo de que los yanquis se metieran por la fuerza en sus asuntos, Fidel Castro no vaciló en tratar de aniquilar a todos sus enemigos, aún cuando la manera de lograrlo implicara la muerte para todos sus seguidores y aún su propia muerte. Es claro que si

estaba arriesgando su propia vida no había lugar para miniedades como la posible muerte de millones de infelices, o el total exterminio de la humanidad producto de una guerra nuclear.

Nikita Krushov puso al desnudo su propia debilidad cuando inmediatamente después de recibir la carta decidió contactar personalmente con el presidente yanqui, John F. Kennedy, y retirar los cohetes nucleares de Cuba. Su carta respuesta a Fidel Castro diciendo que los rusos luchaban por obtener mejoras para la humanidad pero no para exterminarla confirma su debilidad. Poco tiempo después Nikita Krushov fue destituido por los rusos y Kennedy fue asesinado no se sabe por quién, quedando el capo de nuestra *cosa nostra* como el único vencedor gracias al merecido prestigio de tipo con agallas que ganó en esa escaramuza nuclear.



Coraje, valor... y habilidad

Muchos detractores de nuestra *cosa nostra* han tratado infructuosamente de negar la valentía personal de sus miembros. A quien carece de coraje personal le es muy difícil reconocer el que otros tengan lo que a él le falta.

Unos, en contra de toda la evidencia histórica, se atreven a decir que la mejor prueba de que Fidel Castro fue un cobarde es que nunca resultó herido en combate. Esos confunden su buena suerte y habilidad para sortear con éxito personal las más difíciles situaciones, con la falta de valor.

Es cierto que Fidel Castro se retiró precipitadamente cuando se dio cuenta de que no podrían tomar con éxito el Cuartel Moncada, pero eso sólo demuestra que él no era un suicida. El mejor soldado no es el que muere por su causa, sino el que hace que sus enemigos mueran por la suya. Los asaltantes al Cuartel Moncada mostraron todo su valor desde el momento mismo en que atacaron un cuartel. Atacar un cuartel militar requiere una gran dosis de coraje por parte de los atacantes, y eso era lo que le sobraba a aquellos jóvenes que en 1953 atacaron muy mal armados al principal cuartel militar de Santiago de Cuba. Desgraciadamente no todos ellos eran tan habilidosos como su jefe y muchos pagaron con sus vidas el temerario intento.

A nadie se le ocurre decir que un asaltante de un banco sea un cobarde porque corra tan rápido como pueda cuando la policía llega. Hace falta una buena dosis de coraje personal para asaltar a mano armada cualquier cosa... y un agudo instinto de conservación para saber qué hacer cuando las cosas no salen como estaba previsto.

Valor era lo que le sobraba a cada uno de los tripulantes del Granma. Cada uno de ellos sabía que arriesgaba su vida en la empresa. Pero lo que realmente necesitaron los expedicionarios del Granma cuando fueron sorprendidos por el ejército batistiano en Alegría de Pío no fue valor, sino mucha suerte y un bien desarrollado sentido de autoconservación. Es muy bien conocido que el jefe de la expedición sobrevivió gracias a su capacidad de concentrarse en lo que tenía que hacer para sobrevivir: permanecer inmóvil y enterrado en un campo de caña hasta que pasara el peligro.

Otro argumento que ha sido usado para denigrar al capo de nuestra *cosa nostra* es lo ocurrido cuando él fue detenido por la policía mexicana mientras se encontraba en México preparando la expedición del Granma. Inmediatamente después de la detención de Fidel Castro, un nutrido grupo de los futuros expedicionarios fue detenido en la finca que usaban para hacer prácticas de tiro, siendo decomisadas por la policía mexicana todas sus armas. Los detractores de Castro dicen que inmediatamente después de su detención él delató a sus compañeros, lo que prueba, según ellos, su falta de valor. Pero nuevamente confunden falta de valor personal con su habilidad para sortear situaciones difíciles. El darle ágilmente a la policía mexicana la información que estaban buscando facilitó a Castro una solución del incidente favorable a sus intereses.

Valor y habilidad para sortear con éxito personal las más difíciles situaciones son cualidades que caracterizaron no sólo a su jefe sino a todos los miembros de la *cosa nostra* cubana. Tal vez sean los sucesos ocurridos en Granada en 1983 uno de esos escasos momentos donde un subalterno de nuestra *cosa nostra* tuvo la oportunidad de exhibir claramente dichas cualidades. Granada es una pequeña isla caribeña de la cual no se hubieran ocupado nunca las grandes agencias de noticias a no ser por el hecho de que a los rusos se les ocurrió que allí podía construirse un buen aeropuerto que facilitara el envío de tropas cubanas a Angola. En 1983, debido a discrepancias internas en el partido de gobierno, el jefe de estado granadino fue destituido, creándose una situación que permitió a los yanquis el justificar una invasión militar a la pequeña isla. En esos momentos un numeroso contingente de trabajadores civiles cubanos trabajaba en la construcción de la pista del aeropuerto.

Desde que los barcos de guerra yanquis zarparon a cumplir su misión la suerte del aeropuerto granadino estaba decidida. Cualquier otro se hubiera conformado con la realidad de que no había manera de salvar el aeropuerto debido a la masiva superioridad de las tropas invasoras, pero Fidel Castro, con su reconocida habilidad de hallar en todo el lado favorable de las cosas, se dio cuenta enseguida de que la invasión yanqui a Granada le brindaba a él una magnífica oportunidad propagandística.

El coronel Tortoló fue enviado a Granada cuando ya los barcos yanquis estaban en camino a la pequeña isla. Llevaba órdenes precisas de Fidel Castro de organizar la resistencia armada a la toma del aeropuerto por

los yanquis. Tortoló debía entregarles fusiles rusos AK a los trabajadores civiles cubanos y organizarlos para defender el aeropuerto. Las órdenes recibidas eran estrictas: nadie debía rendirse y debían combatir hasta la victoria o la muerte del último de los combatientes.

Nuestra *cosa nostra* confiaba en sus hombres. La orden de inmolación había sido dada y los que la dieron contaban con su cumplimiento. En Cuba, la noticia de la muerte heroica en combate del último combatiente, abrazado a la bandera cubana, fue cuidadosamente redactada. Cuando los helicópteros artillados de los yanquis aterrizaron en la pista en construcción la orden de disparar los fusiles fue dada. La orden fue cumplida y las balas rebotaron en el blindaje de los helicópteros yanquis... Radio Reloj interrumpió la transmisión habitual de noticias para dar a conocer al pueblo cubano las últimas noticias procedentes de Granada. Un pueblo entero vibró de emoción al unísono al enterarse de la muerte gloriosa en su puesto de combate del último grupo de trabajadores cubanos. Todos en Cuba estaban pendientes a las noticias que el locutor decía llegaban directamente de Granada... pero hubo una dificultad.

Lo que no estaba en los planes era el tremendo instinto de supervivencia y la ingeniosidad de Tortoló. Ni siquiera sus superiores supieron calibrarlo en todo su valor. Tortoló recibió una misión suicida, pero por naturaleza los miembros de la nuestra *cosa nostra* no eran suicidas; eran corajudos, a veces hasta temerarios, pero tenían ese extra que distingue a los destinados a sobrevivir. Tortoló supo salir con éxito personal de una situación extremadamente difícil, tan difícil como lo fue sobrevivir al asalto al cuartel Moncada, o a la debacle de Alegría de Pío.

En lo fundamental Tortoló cumplió las órdenes recibidas: las armas fueron entregadas a los trabajadores civiles cubanos, la defensa del aeropuerto fue organizada, y la orden de abrir fuego contra los yanquis se dio. Tortoló recibió instrucción militar en la Unión Soviética, como militar de carrera sabía muy bien que no había en absoluto ninguna posibilidad de enfrentar con unas cuantas decenas de fusiles AK el poder de fuego de una división helitransportada yanqui. Iniciado el combate su afinado instinto de supervivencia lo guió con éxito. Se las arregló para romper el cerco yanqui, se internó en las montañas cercanas... y finalmente se coló dentro de la embajada rusa en Granada.

Pasaron los días y la gente en Cuba se enteró de que los trabajadores cubanos en Granada no se inmolaron sino que fueron hechos prisioneros por los yanquis. Se les vio por televisión llegar a Cuba. También se vio llegar a Tortoló, bajar de la escalerilla del avión que lo trajo desde Granada y decirle a Castro, quien lo fue a recibir: “Comandante en Jefe su orden ha sido cumplida”... Tortoló fue castigado porque no se inmoló junto con todos los trabajadores civiles cubanos como estaba previsto. Fue degradado a soldado raso y fue enviado a Angola a ganarse nuevamente sus grados... Pero el hecho de que no haya sido fusilado inmediatamente prueba que la cúpula de la mafia cubana reconoció a Tortoló como un digno representante de nuestra *cosa nuestra*.



Amigo de sus amigos... mientras fueron sus amigos

La amistad entre los miembros de nuestra *cosa nostra* fue siempre cultivada con esmero. El pequeño grupo de la vieja guardia supo conservar su estrecha relación a pesar de los avatares de la vida. En la Cuba de Castro hubo generales de brigada y generales de ejército desde que a Raúl Castro le dio por copiar el sistema de grados militares que tienen los rusos. En la Cuba de Castro hubo ministros y presidentes y parlamentarios desde que la *cosa nostra* llegó al poder y se adaptó a él, pero el grado que todos envidiaban era el de Comandante de la Revolución, que fue el título otorgado a los miembros del más estrecho círculo de incondicionales de Castro.

Un Comandante de la Revolución era un intocable en Cuba. Con el tiempo, unos, como Guillermo García, decidieron retirarse del mundo de la política y dedicarse a lo que realmente les gustaba: a la pelea de gallos finos y la cría de ganado de raza. Otros, como Almeida, repartían su tiempo entre la delicada tarea de reconciliar entre sí a subalternos disgustados, escribir canciones populares, y mantener a todas sus queridas. Otros dedicaron toda su vida a una única pasión, como Ramiro Valdés, dedicado completamente al estimulante trabajo de saber todo de los demás y organizar cosas ocultas; o como Armando Hart, quien se pasó toda la vida posando de intelectual afeminado y vigilando a los intelectuales viriles. Pero no obstante lo que hiciera cada uno de ellos, o los inevitables roces que los avatares de la vida hubieran provocado entre ellos, de vez en vez todos ellos se mostraban en público junto al jefe para dejar bien claro quién mandaba realmente en Cuba.

La amistad y la fidelidad fueron cultivadas también entre los subalternos y en el seno de la *familia*. Hubo amigas de toda la vida como la María Antonia de Contramaestre, dueña y señora de una magnífica finca, y cuyos inexplicables privilegios engendraron la creencia generalizada de que ella fue la misma María Antonia en cuya casa en México se conocieron Fidel Castro y el legendario Che Guevara. Los amigos, amigos son, y como María Antonia tenía los mismos gustos que Guillermo García y era una vieja amiga, en un país donde fue prohibido el latifundio privado y la contratación de mano de obra por propietarios privados, María Antonia gozó siempre del privilegio de ser la dueña de una magnífica granja dedicada a la cría de ganado de raza, con derecho a importar y exportar directamente lo que

deseara al extranjero, y con sus propios peones a sueldo; peones que, dicho sea de paso, fueron muy afortunados pues María Antonia fue siempre muy generosa con sus servidores.

Pero a la amistad, como al amor, se la lleva el viento si falta la química que la alimenta, y los hombres con don de gente saben eso y actúan en consecuencia. No todos los asaltantes al cuartel Moncada, ni todos los expedicionarios del Gramma tenían la fibra requerida para convertirse en miembros honorarios de nuestra *cosa nostra*. Mario Chanes de Armas iba en el mismo carro que Fidel Castro cuando asaltaron al Moncada y Hubert Matos era Comandante en el Ejército Rebelde, pero ellos no supieron conservar la amistad que su jefe les brindó. Un capo tiene que ser capaz de intuir cuando la amistad termina y, lo que es más importante aún, tiene la obligación de inculcar en sus hombres el respeto hacia la amistad como un valor sagrado. Chanes y Matos carecían de la capacidad de entregarse incondicionalmente a la *familia*, y Castro, quien pudo simplemente haber mandado a matarlos, prefirió encerrarlos en la cárcel junto con miles de sus enemigos.

Hay quienes especulan que eso fue una debilidad imperdonable de Fidel Castro. Esos dicen que un capo no puede bajo ninguna circunstancia darse el lujo de ser débil con sus amigos pues ello podría afectar a la *familia* completa. Esos que así tratan de difamar al capo de nuestra *cosa nostra* olvidan que Mario Chanes de Armas posee el récord mundial de ser el preso político que pasó más tiempo encerrado entre rejas, muy por delante del archifamoso luchador sudafricano Nelson Mandela. Tampoco se les oye hablar a esos difamadores acerca del caso de Pedro Luis Boitel, quien trató de presionar a Fidel Castro haciendo una huelga de hambre cuando lo metieron preso. Boitel, quien había sido presidente de la Federación Estudiantil Universitaria hasta poco antes de caer preso, y quien conocía personalmente a Fidel Castro, se declaró en huelga de hambre a lo “libertad o muerte”... y se murió. Los ingleses se las arreglaron para que todo el mundo llamara por el sobrenombre de “la Dama de Hierro” a la que fuera su primera ministra, Margaret Thatcher, aprovechando el hecho de que la Thatcher dejó morir de hambre a unos irlandeses que mediante una huelga de hambre querían obligarla a dar la independencia a Irlanda del Norte; ya es hora entonces de que nosotros los cubanos les hagamos justicia a los nuestros mostrando al mundo la firmeza de nuestro “Hombre de Hierro”.

Ser amigo de sus amigos, ser capaz de reconocer cuando un amigo deja de serlo y tener la fibra requerida para actuar en consecuencia, son virtudes características de la gente de la *cosa nostra*. Pero la nuestra, la cubana, alcanzó los más altos límites de la excelencia cuando se vio obligada a eliminar a sus propios amigos en aras de su propia supervivencia. En 1986 estaba claro que la economía cubana estaba padeciendo una recesión. Los negocios de la *familia* no marchaban bien. Los rusos tenían sus propios problemas y habían disminuido sus “contribuciones” a la isla, el más aventajado discípulo del Che Guevara en Africa, Jonas Savimbi, no dejaba de molestar en Angola, y para colmo la banca internacional estaba encaprichada en cobrarle a Cuba la deuda que tenía con ellos.

Los cubanos somos gente ingeniosa. Los gobernantes cubanos empezaron a vender el petróleo que los rusos le enviaban a Cuba, con consentimiento ruso, claro está. Simultáneamente fue creada una sección especial del Departamento de Seguridad del Estado dedicada a lo que ellos eufemísticamente llamaron “romper el bloqueo de los yanquis”. Los máximos jefes de nuestra *cosa nostra* le encomendaron a la gente de ese departamento la misión especial de hacer todo el negocio sucio que pudieran para conseguir los dólares que tanto han gustado siempre a la *familia* y que tan urgentemente necesitaban. Unos se dedicaron a contrabandear con los lancharos de Miami todo lo que se pudiera; otros se dedicaron a contrabandear armas rusas por Panamá, aprovechando que también en Panamá un mafioso se las había arreglado para hacerse jefe de estado; y hasta algunos contactos se hicieron con el rey de la coca, el colombiano Pablo Escobar, jefe del famoso cártel de Medellín.

Ya en 1989, aunque los índices económicos generales de la economía cubana estaban peores que en 1986, los negocios de la *familia* iban de bien a mejor. El tráfico de drogas daba buenos dividendos. Aldo Santamaría, el hermano del legendario Abel, se encargaba de proteger con la Marina de Guerra los lanzamientos de coca hechos desde avionetas en aguas territoriales cubanas. De esa manera se ponía a los traficantes de droga latinoamericanos en negocios con la *familia* cubana fuera del alcance del Departamento de Lucha Antidrogas yanqui. Un general y un coronel de la seguridad del estado, los hermanos Patricio y Tony de La Guardia, se encargaban de garantizar el reenvío desde territorio cubano de la droga recogida en alta mar. Mientras tanto, el general Arnaldo Ochoa, jefe de las tropas cubanas en Angola, e íntimo amigo de los hermanos Castro, daba su

contribución a los negocios de la *familia* mediante un jugoso contrabando de colmillos de elefantes y maderas preciosas.

Por desgracia, los rusos cometieron la estupidez de ponerse al mando de Mijail Gorbachov. Gorbachov no sabía dónde estaba parado y empezó a mencionar la soga en casa del ahorcado. Lo que pasó todo el mundo lo sabe: los rusos acabaron perdiendo todo el imperio que habían conquistado después de la Segunda Guerra Mundial. En 1988 Gorbachov visitó al país de los yanquis y poco después, a principios de 1989, vino a Cuba. Durante su visita a Estados Unidos los yanquis se quejaron ante Gorbachov del tráfico de drogas que estaba ocurriendo a través de Cuba y le advirtieron que si él no ponía fin a esas actividades los Estados Unidos se verían obligados a hacer con Cuba lo que poco después hicieron contra el general Noriega en Panamá.

Poco después de la visita de Gorbachov a Cuba, los cubanos presenciamos un hecho sin precedentes: un juicio transmitido por televisión donde se enjuiciaba por corrupción a un importante grupo de altos oficiales cubanos. Claro está que el juicio no fue transmitido en vivo, eso hubiera sido demasiado arriesgado, pero nunca antes la *cosa nostra* cubana había hablado públicamente de sus negocios. Durante las transmisiones televisivas los cubanos residentes en Cuba nos enteramos de los negocios turbios de la *familia* que los yanquis le informaron a Gorbachov se estaban haciendo en Cuba. El segundo al mando en la *familia*, Raúl Castro, no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas cuando votó a favor del fusilamiento de un íntimo de la *familia*, el general Arnaldo Ochoa. Ochoa comenzó su carrera como guerrillero en la Sierra Maestra y llegó a ser el jefe de todas las tropas cubanas estacionadas en Angola. Ochoa recibió el título de Héroe de la República de Cuba como premio a sus numerosas victorias militares e iba a ser designado como jefe del Ejército Occidental de Cuba justo antes de que la *familia* se viera en la necesidad imperiosa de sacrificarlo en aras del bien común.

Los sucesos ocurridos poco después en Panamá demuestran que Fidel Castro valoró correctamente la gravedad de la situación creada. Nuestra *cosa nostra* corría el riesgo de ser destruida como lo fue la panameña, cuyo capo y socio de negocios de nuestra *cosa nostra*, el general Noriega, perdió los millones que tenía ahorrados en cuentas extranjeras y aún permanece encarcelado en una cárcel yanqui por cargos de narcotráfico. No fue nada

placentero para el capo cubano el verse obligado por las circunstancias a mandar a fusilar a los suyos, pero la propia existencia de la *familia* estaba en peligro y, en última instancia, fueron sus subalternos los que no fueron capaces de mantener los negocios de la *familia* fuera del alcance de los órganos de inteligencia yanquis. La oscura muerte en prisión del general Abrantes, ex ministro del Interior y ex jefe de la seguridad personal de Fidel Castro, ocurrida poco después de su encarcelamiento, puso punto final a uno de los más difíciles momentos enfrentados por nuestra *cosa nostra*.

www.havanamafia.com



La fórmula cubana

El origen de toda *cosa nostra* hay que buscarlo siempre en un grupo de hombres desposeídos pero completamente decididos a tomar con sus propias manos la riqueza que la suerte les negó al nacer. La mafia yanqui se consolidó en los años de la ley seca norteamericana, cuando un puñado de inmigrantes italianos vio su oportunidad en el dominio del mercado negro de bebidas alcohólicas. Con el dinero obtenido a fuerza de habilidad, coraje y falta de escrúpulos, los mafiosos ampliaron su teatro de operaciones y en la década de los 50 la mafia yanqui aprovechó el paraíso fiscal existente en el estado de Nevada para limpiar su dinero invirtiéndolo en el lucrativo negocio del juego. Así fue fundada la meca de los aficionados al juego, Las Vegas... y los antiguos mafiosos se transformaron en respetables hombres de negocios.

Los narcotraficantes colombianos construyeron su imperio comprándole las cosechas a los cultivadores de la coca a un precio mucho mejor que el que recibirían cultivando cualquier otra cosa y vendiendo la coca a los ricos de todo el mundo a precios que sólo ellos pueden pagar. Con el triunfo en los negocios vino la inevitable competencia por tan lucrativo mercado, lo que dio lugar al surgimiento de las tan famosas narcoguerrillas colombianas... que efectuaron el milagro de transformar la lucha por el control del mercado de la coca en una lucha por mejorar las condiciones de vida de los campesinos colombianos.

La vía cubana de enriquecimiento fue la política. Fidel Castro intentó entrar en la política por la vía legítima como candidato del partido Ortodoxo de Chibás, pero Batista con su golpe de estado se lo impidió. Entonces vino el asalto al cuartel Moncada, para tomar por la fuerza lo que resultaba tan esquivo siguiendo el orden imperante.

La mejor forma de triunfar en los negocios no es ser el mejor competidor como muchos piensan, sino eliminar a todos los competidores. En 1959 Fidel Castro, luego de la huida de Batista, tuvo la oportunidad de su vida... y la aprovechó. Los barbudos de la Sierra Maestra fueron merecidamente recibidos como héroes por el pueblo habanero cuando entraron triunfalmente en la capital cubana montados en los tanques del

otrora ejército batistiano. Todo el poder había caído en manos de quienes habían tenido el coraje de arrebatárselo a quienes lo poseían.

Tenían el poder, la fuerza, pero no el dinero sin el cual el poder y la fuerza duran muy poco. Había llegado el momento de recoger los dividendos de tanto esfuerzo y construir la base económica capaz de sustentar a la *familia*. Sólo hay dos formas de enriquecerse rápidamente: ganando la lotería... o tomando la riqueza de quienes la tienen. La futura *cosa nostra* cubana había llegado al poder por la fuerza de las armas y no a fuerza de dinero, estaba pues obligada a tomar la riqueza de quienes la poseían.

En 1959, en Cuba, la riqueza estaba en manos de los ricos y de los yanquis. A los ricos cubanos no era tan difícil expropiarlos, pero la tarea de arrebatárselo a los inversores del poderoso vecino del norte lo que tenían no era nada fácil. Fidel Castro viajó a Estados Unidos en los primeros meses de 1959 para tratar de desviar a la opinión pública norteamericana de sus reales intenciones. Allí comprobó lo que se temía, que los yanquis no tenían ni un pelo de tontos y que no habría forma de convencerlos para que se dejaran robar. Todo parece indicar que el joven Castro no supo disimular bien sus ambiciones durante dicho viaje porque sus acciones provocaron que el entonces vicepresidente yanqui, Richard Nixon, sospechara de sus reales intenciones. Nixon llegó a confundir a un gángster con un comunista. En consecuencia los yanquis decidieron no apoyar a Fidel Castro mientras apoyaban a tipos que se lo merecían menos, como el nicaragüense Somoza o el dominicano Trujillo.

Un gángster y un comunista se parecen en que ambos desean expropiar por la fuerza a los ricos, de ahí la confusión de Nixon. Inicialmente Fidel Castro había confiscado las propiedades de los que habían apoyado a Batista durante la guerra civil cubana, pero sin la “cooperación” de los yanquis eso no era suficiente. Fue entonces cuando el núcleo gestor de nuestra *cosa nostra* decidió quemar sus barcos a lo Hernán Cortés y todos los grandes propietarios capaces de hacerle sombra en los negocios fueron expropiados, fuesen cubanos, yanquis, o de donde fueran.

La guerra civil acabó en enero de 1959, pero la guerra por el control de toda la riqueza acumulada en Cuba estalló con las confiscaciones masivas ordenadas por el gobierno “provisional” instaurado al triunfo de la revolución de 1959. La máxima: el enemigo de mi enemigo es mi aliado,

produjo en Cuba la alianza entre el núcleo director del Movimiento 26 de Julio, comandado por Fidel Castro, y la dirección de los comunistas cubanos, encabezados por Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez. Los comunistas aspiraban a capitalizar a favor de sus quimeras la energía y la voluntad de lucha que caracterizó siempre a nuestra *cosa nostra*, en tanto la *cosa nostra* cubana alcanzaba lo que la mafia yanqui obtuvo con Las Vegas: la legitimación de sus actividades.

La alianza de la *familia* con los comunistas fue una alianza fructífera y duradera. Es cierto que ni Blas Roca ni Carlos Rafael Rodríguez pudieron alcanzar nunca el título de “comandantes de la revolución”, pero ambos gozaron de enormes poderes mientras estuvieron vivos. Carlos Rafael Rodríguez fue el hombre clave en las relaciones cubano-rusas y Blas Roca fue el que legitimó el draconiano código penal cubano que facilitó todos los negocios de la *familia* durante la época de Castro.

Por su parte, Fidel Castro y sus más íntimos allegados coparon desde 1965 los puestos claves del partido comunista de Cuba, logrando así lo que ninguna otra *cosa nostra* ha logrado repetir: poner a todo el aparato estatal en función de los negocios de la *familia* y ser aún admirada por eso por una amplia gama de intelectuales y organizaciones en todo el mundo. La mafia yanqui de los años 30 fue poderosa, pero tuvo que emplear una fortuna en sobornar a la policía sin poder nunca sobornarlos a todos. Pablo Escobar, el rey de la coca colombiano, fue muy poderoso, pero murió acribillado a balazos por los policías colombianos. Ni siquiera los famosos pícaros peruanos, Fujimori y Montesinos, lograron lo que logró nuestra *cosa nostra* con su alianza con los comunistas cubanos. Ciertamente Fujimori y Montesinos no tuvieron que estar cuidándose de la policía mientras gobernaron el Perú, pero ninguno de los dos gozó mientras robaban de la misma popularidad que tuvo nuestra *cosa nostra* mientras hacía lo mismo que ellos.

Puesto que había estallado la guerra por el control de las riquezas cubanas, era necesario contar con suficientes fuerzas para aplastar a los expropiados, pero eso no fue un problema difícil de resolver: bastó repartir una porción de los bienes confiscados entre los desposeídos para asegurar el apoyo de la mayoría de la población a las expropiaciones. El vocabulario populista y la alianza con los comunistas facilitaron la operación. El grueso

del botín constituyó el capital original que necesitaba la *familia* para afianzar sus negocios y su poder.

Una vez eliminados todos los competidores sólo había que organizar bien las cosas para obtener jugosos dividendos. Tenía razón Karl Marx, el profeta de los comunistas, cuando decía que es el trabajo la fuente de toda riqueza, pues fueron las riquezas producidas cada día por millones de obreros cubanos la fuente principal de ingresos para la *cosa nostra* cubana. La cosa era sencilla, no importa cuan improductiva fuera la organización del trabajo implantada por los comunistas en la economía cubana, el meollo del negocio era pagarle a los obreros cubanos con un papel moneda cuya impresión era controlada por la *familia*. Las leyes “revolucionarias” le dieron el monopolio del comercio exterior cubano a la *familia*, cuyo negocio más seguro durante muchos años consistió en la venta en el exterior al mejor precio posible de todo lo que fuera vendible de lo producido en Cuba, y la compra en el exterior de lo estrictamente imprescindible para mantener el negocio andando.

Vender en dólares yanquis lo producido por los obreros cubanos y pagarle a los obreros en pesos de papel fue un gran negocio. Vender en dólares y pagar con bonos de papel que sólo podían ser cambiados por algo útil en las tiendas “comunistas” de la *familia* fue un magnífico negocio. No daba un ciento por ciento de ganancia porque de todas maneras había que comprar en el exterior algunas cosas para mantener el negocio y aunque para optimizar las ganancias se compraban los productos de peor calidad existentes en el mercado, nadie regala nada y algo había que pagar.

Durante años la gente en Cuba se quejó de la mala calidad del pan que el gobierno les asignaba por la tarjeta de racionamiento. Cientos de explicaciones fueron dadas por los medios masivos de comunicación controlados completamente por la *familia*: que si los panaderos se robaban la manteca asignada para el pan, que si meter a los panes en sacos de tela no era lo más apropiado para transportarlo, que si esto, que si lo otro; pero nunca dijeron la simple y llana verdad: que el pan de la gente era malo porque la harina usada para producirlo era de muy mala calidad. Cuando el negocio con los rusos se cayó por culpa de las boberías de Gorbachov, la *familia* se vio obligada a invertir algún dinerito en comprar harina de mejor calidad... y milagrosamente, de la noche a la mañana y, a pesar de la crisis económica imperante, los mismos panaderos que antes se robaban la

manteca “aprendieron” a hacer panes de buena calidad...para aquellos capaces de pagarlos con dinero real.

Compra barato y vende caro, exige que te paguen pero trata de no pagar, la vuelta a las raíces en los negocios, fue la clave para la construcción del imperio económico de nuestra *cosa nostra*. Para entender por qué era tan popular en la Cuba de Castro el chícharo, el arroz y el huevo basta ir a cualquier supermercado yanqui: el chícharo es el grano más barato y el huevo es la fuente de proteína animal más barata que se puede comprar. La soya es más barata que la leche, de ahí que cuando los alemanes dejaran de cambiarle a la *familia* leche en polvo por azúcar surgiera la idea de sustituir la leche por el yogurt de soya.

Mientras los comunistas cubanos se ocupaban de convencer a todo el mundo dentro y fuera de Cuba de que las propiedades confiscadas pertenecían a todo el pueblo, nuestra *cosa nostra* se ocupaba de explotar su privilegiada posición. La *familia* tenía el monopolio exclusivo del mercado interno cubano. Diez millones de cubanos estaban obligados a comprar todo lo que necesitaban para vivir en los negocios de la *familia* y a los precios que la *familia* fijase. La *familia* era, además, el único empleador autorizado en Cuba: o trabajabas para la *familia* o los comunistas te declaraban vago... y te obligaban a trabajar para la *familia*.

Los comunistas estaban contentos con el estado de las cosas. Los precios oficiales eran realmente bajos, al alcance de todo el mundo, y es ahí donde radica la genialidad de nuestra *cosa nostra*. Durante decenas de años, antes de Gorbachov, la gente iba con su tarjeta de racionamiento a las tiendas de la *familia* para canjear los productos que allí se ofertaban por el salario en pesos de papel cubanos que recibían como pago por su trabajo. No había ninguna razón para cometer la estupidez de querer canjear chícharo, arroz, o huevos por un gran número de pesos de papel, sobre todo si era el dueño del negocio el que mandaba a imprimir el dinero y estaba bien claro de su valor casi nulo. Mejor era seguirle la corriente a los comunistas, y luego de descontar la parte del león para la *familia*, calcular cuánto costaba comprar a los negociantes extranjeros lo mínimo indispensable para mantener a la gente y a los comunistas tranquilos. El salario de la gente era calculado de una forma muy sencilla: primero se decidía la cantidad mínima de chícharo, arroz y huevo que hacía falta para mantener el negocio, luego se le asignaba un precio a la unidad de esos productos, y finalmente un poquito

de aritmética de sexto grado servía para decidir cuánto papel había que darle a cada uno para que pudiera ir a la tienda a adquirir lo que se le asignaba.

Es cierto que, por desgracia, Cuba no es una gran productora de petróleo como México, o de diamantes como Sudáfrica; es cierto también que Cuba es una pequeña isla; pero habiendo hallado la forma de quedarse con el grueso de los ingresos provenientes de la venta en el exterior de todo lo vendible de Cuba, nuestra *cosa nostra* aseguró la riqueza que necesitaba para consolidar su poder. Fidel Castro, quien entró en la Universidad de La Habana respaldado solamente por el latifundio de su padre, logró así convertirse en un poderoso hombre de negocios, al punto de que una famosa revista yanqui, especializada en babosear acerca de las fortunas de los muy ricos, tuvo finalmente que hacernos justicia a los cubanos e incluir al capo de nuestra *cosa nostra* en el listado de los dueños de las redes de negocios más grandes del mundo.



El negocio de la guerra

Fidel Castro viajó a Estados Unidos en los primeros meses de 1959, sólo un poquito después de su entrada triunfal en La Habana. Allí Castro se convenció de que no recibiría apoyo del vecino poderoso para sus planes absolutistas y, ni corto ni perezoso, se dispuso a buscar en otros lados a un poderoso que lo ayudara a consolidar su poder.

Luego de las masivas expropiaciones a todos los posibles competidores en los negocios, incluyendo las expropiaciones a los mismísimos yanquis, nuestra *cosa nostra* en ciernes sabía que se había involucrado en una sangrienta lucha por el control de la riqueza acumulada en Cuba. No se le puede arrebatar a alguien lo que tiene y esperar que el agredido aguante pasivamente el robo, sobre todo si entre los agredidos había un montón de poderosas compañías yanquis. Tampoco se puede mandar a fusilar a unos diez mil desgraciados luego de juicios sumarísimos sin esperar que otros cincuenta mil familiares y amigos queden disgustados. Entonces, por aquello de que “el enemigo de mi amigo es mi aliado”, ocurrieron tres importantísimas alianzas. Por un lado ocurrió la alianza entre los dirigentes del movimiento 26 de Julio, encabezado por Castro, y los comunistas cubanos. Por otro lado, tanto Castro como los comunistas cubanos buscaron activamente el apoyo de los rusos.

Con armas rusas compradas a los checos el ejército de Castro aplastó la intentona de los opositores de Castro de administrarle a él la misma medicina con que Castro acabó con Batista. Por suerte para Castro, en 1961 la nueva administración del presidente John F. Kennedy cometió la torpeza de realizar las cosas a medias al retirarle el apoyo a los expedicionarios de Bahía de Cochinos a la hora de la verdad.

Pasado el susto, Fidel Castro se lanzó de cabeza en brazos de los rusos. Sólo unos meses después de Bahía de Cochinos, Castro aceptó la oferta rusa de instalar en Cuba, bien cerquita de los yanquis, un montón de misiles con cabezas nucleares. Más de cuarenta mil soldados rusos entraron sin disparar un tiro en Cuba, cuatro veces más que el número total de soldados yanquis que se involucraron en la guerra por la independencia de Cuba librada por nuestros mambises contra España.

Con la ayuda de los comunistas, Fidel Castro se las arregló para esconder la entrada de las tropas rusas en Cuba hasta a los mismos cubanos... pero no hubo forma de pasársela por las narices a los yanquis y cuando éstos se enteraron pusieron el grito en el cielo.

Por entonces los rusos tenían un jefe del tipo del mal rayo lo parta Gorbachov. Nikita Krushov era uno de esos comunistas que parece creerse lo que ellos mismos dicen. Cuando lo hicieron jefe lo primero que hizo fue ponerse a regar a los cuatro vientos todas las veleidades que había hecho el gran Stalin en Rusia, y aunque no llegó a decir lo más infame: que Stalin había firmado un pacto secreto con Hitler en el cual Rusia y Alemania se repartían a Polonia, Krushov sí dijo que Stalin había mandado a matar a no sé cuantas gentes, y mil boberías más. Parece ser que Nikita Krushov, conocedor de las buenas relaciones entre los comunistas cubanos y Fidel Castro, cometió el mismo error que Nixon respecto al capo de nuestra *cosa nostra* y lo creyó un disciplinado comunista siempre dispuesto a cumplir las orientaciones provenientes del “hermano” mayor.

La carta estrictamente confidencial que Castro le mandó lo hizo poner los pies en la tierra. Después de leer la petición que le hacía Fidel Castro de que no vacilara y le lanzara un ataque nuclear a los yanquis, Nikita Krushov se puso inmediatamente en contacto con el presidente yanqui, John F. Kennedy. Ahí mismo se acabó la crisis de los misiles... y poco después se le acabó el mandato a Krushov, pues los rusos decidieron poner a un jefe más realista al mando de su imperio.

No obstante, el resultado final del incidente nuclear fue ventajoso para la *familia*. Desde entonces nuestra *cosa nostra* contó con el apoyo total de los rusos. Los misiles fueron retirados, pero en suelo cubano quedaron más soldados rusos que yanquis pisaron a la vez la tierra cubana. Con las tropas rusas protegiendo sus negocios de los yanquis, Castro pudo dedicarse a tiempo completo a acabar con los alzados del Escambray.

No se puede querer ir a bailar a casa del trompo. Castro se pasó dos años haciendo vida de guerrillero en la Sierra Maestra antes de la huida de Batista y no iba a repetir con los guerrilleros del Escambray que luchaban contra él los errores que Batista cometió. A la guerrilla hay que acabarla de raíz, como a un tumor maligno. Mucho antes de que los yanquis se dedicaran a dar entrenamientos de lucha contra guerrillas, en Cuba se llevaron a la

práctica todas esas técnicas. Decenas de miles de soldados armados con armas rusas nuevecitas fueron enviados a peinar de punta a punta el Escambray. Para evitar el apoyo que quieran o no los campesinos de la zona siempre dan a los alzados, Fidel Castro recurrió a lo que nos enseñaron los españoles en sus intentos por acabar con los mambises: pueblos enteros del Escambray fueron deportados a Pinar del Río. Muchos años después de haber acabado con las guerrillas del Escambray, aún existían los llamados “pueblos cautivos” en Pinar del Río, habitados en su mayoría por los descendientes de aquellos campesinos de la sierra que fueron desalojados de sus tierras.

Aplastada toda resistencia interna, con la protección brindada por las tropas rusas estacionadas en suelo cubano, y con el problema financiero resuelto a través del monopolio del comercio interno y externo del país, la *familia* había consolidado su imperio a finales de los años sesenta.

Llegaba, pues, el momento de “institucionalizar” el país. Fidel Castro le había prometido a la gente justo al tomar el poder en 1959 la realización en breve de elecciones libres. Bueno, la gente se cree cualquier cosa que le dicen. Pero en 1970 la gente estaba descontenta. La situación económica del país dejaba mucho que desear, los rusos estaban reclamando la entrega de toda el azúcar convenida con Cuba, y la idea de centrar toda la fuerza de la propaganda en “la Zafra de los Diez Millones” había resultado un desastre.

Todo lo que la *familia* había podido repartir entre su gente hace rato había sido entregado: las casas y los bienes personales de los que habían partido para el exilio, las tierras que no fueron incorporadas al patrimonio de la *familia*, los puestos en el gobierno. Había que inventar algo nuevo. Entonces surgió la idea de la “institucionalización” de la revolución.

Por un lado la *familia* les daba gusto a los rusos y a los comunistas cubanos aceptando oficialmente a los rusos como los verdaderos comunistas y declarando a los chinos como traidores. Carlos Rafael Rodríguez, la eminencia de los comunistas cubanos, fue designado embajador de Cuba en Rusia y Blas Roca, el líder histórico de los comunistas cubanos, fue incluido en el Buró Político del partido comunista de Cuba, el cual realizó, siguiendo el ejemplo ruso, su primer congreso en 1975. A cambio de esos beneficios otorgados a los comunistas, el capo de nuestra *cosa nostra* apareció oficialmente convertido en el Primer Secretario del Partido Comunista de

Cuba, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y tras las primeras elecciones, a lo “no se preocupen que no hay forma que yo no gane”, Castro añadió a sus títulos el de honorable compañero Presidente de la República de Cuba. Por si las moscas, a Raúl Castro lo nombraron el Primer Vicepresidente y Jefe de las Fuerzas Armadas y los miembros de la *familia* más íntimos a Castro ocuparon los cargos claves en el Buró Político del partido comunista y en los demás órganos de dirección del estado.

A cambio de grandes empréstitos para reactivar la economía cubana, la flamante “nueva” dirección de la “instituida revolución” aceptó la propuesta rusa de enviar tropas cubanas a Angola. La *familia* garantizaría los combatientes y los rusos se ocuparían de poner las armas, costear la operación... y dar los empréstitos para construir lo que los comunistas se encargaron de presentar como muestras de la superioridad del socialismo: el ferrocarril central, la autopista nacional y la central electronuclear de Juraguá.

Veinte años después la chambelona característica de los gobiernos de los primeros presidentes cubanos provenientes de las filas mambisas se había repetido en la “instituida” dictadura del proletariado de la que hablaban los comunistas cubanos: los trenes iban a paso de tortuga en lo que se construyó en lugar del tan cacareado y ultramoderno ferrocarril central, la autopista nacional nunca se terminó y la central electronuclear de Juraguá se convirtió en el mayor monumento de hierro y concreto del mundo. No obstante, lo que sí se hizo fue tomar todo el dinero que se había conseguido para realizar esas obras... y endeudar al país hasta la cocorotina, cosa que, por cierto, es la materialización de otras de las simples reglas que llevaron a nuestra *cosa nostra* al triunfo seguro en los negocios: toma todo el dinero que te brinden los garroteros y arréglatelas para no pagarlo nunca.

En 1986, la *familia* había alcanzado la cumbre de su poder... pero aunque nadie se lo imaginaba por entonces, el lucrativo negocio con los rusos estaba a punto de terminar. Las cosas no les iban bien a los rusos en sus propios negocios y los aires de perestroika estaban a punto de convertirse en vientos. Los rusos dejaron de pagar lo acostumbrado a la *familia*, y puesto que donde no hay pago no hay servicio, la *familia* comenzó a liquidar sus guerras por África y a buscar nuevas ideas para mantener lo conquistado.

Eran los años de la presidencia de Ronald Reagan. El presidente yanqui estaba aplicando todo lo que aprendió en Hollywood para impulsar el plan de la Guerra de las Galaxias y tenía a los rusos vueltos locos con los gastos de defensa que ello implicaba. Durante su visita a Rusia, los rusos le informaron a Fidel Castro que en las condiciones existentes las tropas rusas estacionadas en Cuba no serían usadas contra los yanquis en caso de una invasión de los yanquis a Cuba. Castro, siempre tan imaginativo, inmediatamente formó las llamadas milicias de tropas territoriales, destinadas a formar un escudo humano que protegiese a la *familia* de los yanquis. Años después, otro grande, Saddam Hussein, en Iraq, usó con éxito los escudos humanos para evitar que los yanquis destruyeran sus palacios.

Para dar un fin “honorable” al negocio de la guerra en Angola, las tropas cubanas fueron enfrascadas en encarnizados combates para obtener una última victoria. La victoria de Cuito Canavale permitió a la *familia* evitar la afrenta que acompaña a los que se retiran del campo de batalla sin haber conquistado la victoria definitiva... por falta de pago del patrón. Por la misma razón, por falta de pago, la *cosa nostra* cubana dio fin poco después a todo el negocio de la guerra, en el cuál demostró ser tan buena, lo que permitió la pacificación de los conflictos armados de Centroamérica. Sólo las narcoguerrillas colombianas, que disponían de sus propias fuentes de financiamiento, permanecieron activas.

Cuba era entonces uno de los países más endeudados del mundo, si no era ya el más endeudado. Los acreedores, conocedores del estado de los negocios entre Cuba y Rusia, comenzaban a mostrarse nerviosos y reclamaban el pago de los millones prestados. Entonces Fidel Castro hizo uso de toda la fama de Robin Hood que su alianza con los comunistas cubanos le había proporcionado para tratar de amansar a los acreedores. La *familia* organizó una conferencia internacional de denuncia a la deuda externa. Castro en persona acusó a la banca internacional de haber engañado al mundo prestándole a cualquiera, tuviese éste reales posibilidades de cumplir con sus obligaciones financieras o no... e hizo un llamado al no pago de las deudas. Inteligentemente, Castro puso como ejemplo de buenos prestamistas a los rusos, quienes le habían prestado grandes cantidades de dinero a Cuba en condiciones, según él, muy generosas. Años después, cuando los negocios con los rusos desmejoraron mucho, fueron los rusos los que no encontraban la forma de hacer que la *familia* hiciera honor a sus deudas.

No obstante, en los negocios hay que ser flexibles. A pesar de la caída de los comunistas en Rusia y de la alianza entre la *familia* y los comunistas cubanos, nunca se rompieron las relaciones entre Cuba y Rusia, ni siquiera cuando a principios de los años noventa los rusos retiraron el grueso de sus tropas estacionadas en Cuba... a través de la Base Naval de Guantánamo, propiedad de los yanquis. La *familia* prosiguió rentando el suelo nacional a los rusos, quienes seguían interesados en mantener una base de espionaje electrónico en Lourdes, cerca de La Habana. Blas Roca murió, Carlos Rafael Rodríguez se retiró a disfrutar los últimos años de su vida junto a su joven esposa, la influencia de los viejos comunista en Cuba se hizo mínima... y Vladimiro Roca, hijo del líder histórico de los comunistas, pasó 5 años en prisión por oponerse al capo de nuestra *cosa nostra*.

Sabiamente, Fidel Castro siempre se opuso a un mundo unipolar, sobre todo si el único polo existente estaba en contra de él. El negocio de la guerra requiere de la existencia de dos bandos en pugna, uno de los cuales podría estar interesado en contratar a la *familia*, ducha en actividades guerreras, para presionar al otro bando.



Otros negocios de la familia

Después de que por culpa de Gorbachov se echaran a perder los negocios con los rusos, la *familia* tuvo que cambiar la forma en que hacía sus negocios. Mientras los rusos estuvieron dispuestos a pagarle a la *cosa nostra* cubana por sus servicios, la *familia* podía adquirir casi todo lo que necesitaba para mantener los negocios directamente de los rusos, pero cuando todo cambió nuestra *cosa nostra* se vio obligada a comprar en otros lugares muchas de las cosas que antes los rusos proveían... con la agravante de que esos malditos negociantes capitalistas siempre quieren que le paguen con buen dinero y no aceptaron nunca los billeticos de papel con los que invariablemente la *familia* les pagó a los trabajadores cubanos y que tan fácilmente podía mandar a imprimir.

A tiempos nuevos, nuevas ideas. Si el negocio con los rusos había terminado era necesario buscar nuevas vías de ingreso. La *familia* se vio obligada a distanciarse de la palabrería comunista para iniciarse en dos nuevos y prometedores negocios: el turismo internacional y las remesas de dinero provenientes de los cubanos en el exilio.

En 1959, cuando Batista huyó, la mafia yanqui tenía en planes hacer fuertes inversiones en el negocio de hoteles y juegos en La Habana. Esos planes se fueron a bolina cuando nuestra *cosa nostra* decidió eliminar a todos sus posibles competidores. De hecho, tan pronto Castro entró en La Habana, instaló su comandancia en el lujoso hotel Hilton, el cual poco después recibió el nombre de hotel Habana Libre. El turismo no fue de interés para la *familia* mientras los rusos estuvieron pagando bien por sus servicios, pero cuando el pago ruso cesó, la *familia* retomó la vieja idea de la mafia yanqui.

Puesto que el negocio hotelero sólo deja dividendos si los huéspedes pagan con buen dinero por sus habitaciones, la *cosa nostra* orientó sus negocios hacia el turismo internacional. Cosa que trajo problemas a los comunistas, pues no fue nada fácil el convencer a la gente en Cuba de que dar alojamiento, buena comida y mejor sexo a un turista proveniente de un depravado país capitalista es la vía adecuada para construir el socialismo.

Todo lo que pasa conviene. A principios de los años noventa más de dos millones de cubanos estaban viviendo en el exilio, la gran mayoría de ellos en el país de los yanquis. Durante años la emigración de los cubanos fue vista con malos ojos tanto por nuestra *cosa nostra* como por sus aliados, los comunistas. Eso de dejar las maravillas del socialismo para ir a padecer la explotación del hombre por el hombre entre los capitalistas no le gustaba para nada a los comunistas y menos a la *familia*, que perdía así la mano de obra originaria de su riqueza. Para evitar que la gente se fuera en lo que pudiera, el código penal cubano incluía el delito de “salida ilegal del país”, delito por el cual miles de cubanos pasaron varios años en alguna de las numerosas cárceles del país. Otros miles de cubanos pasaron varios años en la cárcel acusados del delito de “tenencia de divisa extranjera”. Ese delito, que no tenía nada que ver con el comunismo, si tenía mucho que ver con los negocios de la *familia*, siempre celosa de cualquier tipo de competencia o de fuga de sus posibles ingresos.

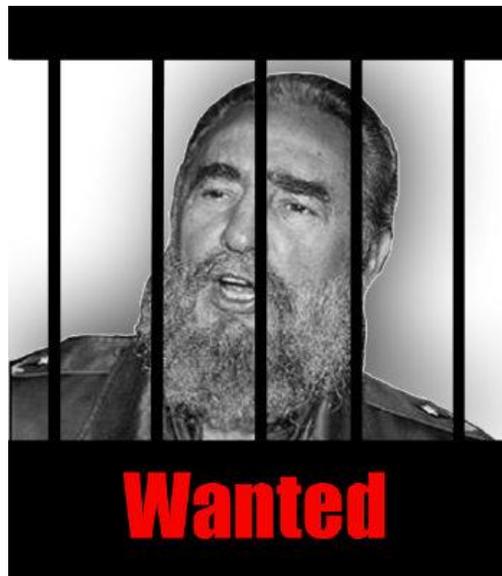
Pero todo lo que pasa conviene y esos dos millones de cubanos en el exilio tenían más de cuatro millones de familiares en Cuba. Un trabajador cubano en el exilio gana en un día más de lo que la *familia* le pagaba durante todo un año a uno cualquiera de sus empleados, estando entonces en condiciones de socorrer a sus necesitados familiares en Cuba. La necesidad es la madre de la invención y la necesidad de nuevas fuentes de dinero provocada por la falta de dinero ruso le encendió la chispa a Castro.

Haciendo nuevamente pasar sus apuros a los comunistas, Fidel Castro impulsó un nuevo y jugoso negocio: el negocio de las remesas familiares. A la gente en Cuba se le permitió poseer dólares, sobre todo si eran dólares mandados por sus familiares en el exilio. Los medios masivos de comunicación controlados totalmente por la *familia* dejaron de calificar con todo tipo de motes despectivos a los cubanos en el exilio, con la sola excepción de aquellos que se enfrentaran activamente a la *familia*. Y para colmo de benevolencia el gobierno cubano declaró que permitiría la entrada de remesas familiares desde el exterior sin la imposición de impuestos.

Para facilitar el negocio, la familia estimuló la creación en varios países de pequeñas compañías dedicadas al envío de dinero y paquetes de los cubanos en el exilio a sus necesitados familiares en Cuba. Las entregas se garantizaban en Cuba, es decir, la *familia* daba garantías a esas compañías de que los envíos no serían interferidos... a cambio del pago de

una comisión a la *familia* por dichas compañías, comisión que por ley lógica del mercado, a la larga era pagada por los cubanos en el exilio en la forma de altos costos de envío. Una vez más, con su habilidad característica, el capo de nuestra *cosa nostra* halló la forma de usar a su favor lo que a todo el mundo parecía uno de sus grandes problemas: la existencia de una numerosa comunidad cubana en el exilio nada contenta con lo que pasaba en Cuba.

El monopolio del comercio interior aseguraba el éxito del negocio. La gente quiere el dinero para gastarlo y en Cuba había que gastarlo en un nuevo tipo de tienda “no comunista” que proliferó junto con el negocio de las remesas familiares. Las “shopping”, como las llamaba la gente, eran establecimientos que vendían productos de mejor calidad que los ofertados en las tradicionales tiendas de la época de Castro antes de Gorbachov, sólo que había que comprarlos en dólares, y al precio de monopolio que la *familia* imponía. Ese fue un gran negocio con un único punto débil: la gente en Cuba perdió rápidamente el aprecio por los pesos de papel que la *familia* imprimía y aprendió a diferenciar la mala calidad de los productos ofertados por las tradicionales tiendas “comunistas” de la pacotilla ofertada en las “shopping” de la *familia*. Sin embargo, nuevamente fueron los comunistas los que tuvieron que pasar el mal rato de explicar a la gente cómo se puede construir con los malvados dólares yanquis el comunismo. Por suerte, el ejemplo chino los ayudó mucho en esa tarea.



Comunicación con las masas

No creo que haya nadie que ponga en dudas las extraordinarias cualidades que como comunicador poseía Fidel Castro. Fue tan buen manipulador de la gente, o de las masas, como les gusta decir a los comunistas, como lo fueron Hitler, Mussolini, o Mao. Cuando Castro hablaba había que oírlo, no sólo porque tenía el carisma característico de los grandes, sino además porque él se aseguraba de que la gente lo escuchara. Cuando Castro hablaba todas las estaciones de radio y de televisión en Cuba, bien controladas por la *familia*, se ponían en cadena para transmitir lo que Castro quisiese decir durante las dos horas y pico que por lo común duraban sus discursos. La gente u oía a Castro, o no oía ninguna otra cosa.

Para los santiagueros sus carnavales son algo muy apreciado. Por desgracia para ellos, Fidel Castro escogió un día de carnavales para atacar al cuartel Moncada. En 1953 Castro les llenó de balas y sangre los carnavales a los santiagueros, pero después de 1959 se los llenó de discursos. Cada 26 de julio los santiagueros tenían que esperar a que Castro acabara su kilométrico discurso para dar comienzo a las fiestas. A Castro había que oírlo... o leerlo, porque al otro día el texto completo de su discurso era publicado por todos los periódicos de la *familia*, es decir, por todos los periódicos de Cuba.

Un buen comunicador sabe que no basta emitir el mensaje para que éste llegue a su destino y que no basta que éste llegue a su destino para que surta el efecto deseado. Un buen manipulador busca producir un efecto en la gente y sólo cuando lo consigue se siente satisfecho. Hitler no permitía que nadie interrumpiera a un orador fascista durante un mitin; para asegurarse de ello los nacional socialistas alemanes tenían a grupos de choque especialmente entrenados para sacar por la fuerza a cualquiera que quisiera llevarles la contraria en sus mítines masivos. Fidel Castro, como también hicieron Hitler, Mussolini y Mao después de tomar el poder, sólo permitió sus mítines y, para evitar que desde el exilio entraran por el éter otras voces distintas de la suya, invirtió mucho dinero interfiriendo a emisoras como Radio Martí y Tele Martí que durante años transmitieron desde Estados Unidos para Cuba sin mucho éxito.

Las cucarachas sin patas no oyen, como demuestra el hecho de que si le arrancas las patas a una cucaracha y le dices que camine, ésta no da ni un

paso. De igual forma la gente ha de ser preparada por el manipulador para que, al recibir el mensaje, haga lo que el manipulador quiere. Las multitudes no piensan, sólo escuchan y reaccionan a lo que pasa a su alrededor. Por eso todos los grandes manipuladores de la historia han reunido a la gente en grandes multitudes para dirigirse a ellas y controlarlas con la fuerza del verbo... o de los hechos.

Un grito de “fuego” dentro de un cine prende la llama del terror a morir calcinado en cada espectador; la llama pasa de uno a otro y se refuerza con el terror de los otros. Así mismo la llama del valor prende, pasa de uno a otro y se refuerza con el valor de los otros, cuando durante un combate encarnizado un jefe valeroso da el ejemplo heroico y se lanza temerario a hacer lo que parecía imposible. Esa es la fuerza salvaje que un gran manipulador debe dominar y encaminar hacia sus propios fines.

Las llamadas “marchas del pueblo combatiente” que organizaba Castro fueron uno de sus instrumentos favoritos para manipular a la gente. A esas marchas había que ir, eran demasiados los problemas que se le creaban al cubano común que cansado de tanta propaganda hueca decidía no ir. Había que ir, pero al sumergirse en la multitudinaria marcha organizada por la poderosa maquinaria estatal de la *familia*, al ciudadano descontento con sus gobernantes le pasaba como a la cucaracha mutilada. Sumergido en la multitud el individuo dejaba de pensar, el ritmo pegajoso de la consigna que coreaban sus vecinos arrastraba como un río caudaloso a todo su ser y el pobre ciudadano descontento acababa sirviendo al manipulador genial en la tarea de controlar a los otros descontentos.

Cuando las circunstancias lo exigieron el capo de nuestra *cosa nostra* demostró no ser un segundo de ningún director de cine de la meca del cine americano y supo crear el escenario adecuado para que su verbo incendiario cautivara la imaginación de los cubanos. En 1980 un error de cálculo inesperadamente produjo una situación potencialmente explosiva en la embajada del Perú en La Habana. En 1980 todo iba en Cuba a pedir de boca, los pagos rusos por la participación de tropas cubanas en la guerra en Angola se reflejaban en una relativa bonanza económica en la isla. No había entonces razón alguna para suponer que fuera posible un éxodo masivo de cubanos hacia el país de los yanquis. Las cosas iban tan bien que Fidel Castro en persona abrió un nuevo negocio: el de los viajes de visita a sus familiares en Cuba de los cubanos en el exilio. El negocio prometía pues los

cubanos exiliados venían cargados de dólares para comprarle, en tiendas que la *familia* había habilitado inicialmente sólo para diplomáticos, un montón de cosas a sus necesitados familiares en Cuba. Sin embargo, el nuevo negocio tenía una debilidad que fue subestimada por Castro: las visitas de los cubanos en el exilio a sus familiares en Cuba, hasta ese momento prohibidas por el gobierno cubano, abrió a los cubanos de la isla una rendija hacia el resto del mundo.

Cuando en 1980 unos individuos entraron por la fuerza en la embajada de Perú en La Habana, Fidel Castro cometió el error de declarar públicamente que el gobierno cubano dejaría a dicha embajada sin la guardia militar que Cuba mantenía en las afueras de todas las sedes diplomáticas extranjeras para impedir el asilo de los nacionales en ellas. Inmediatamente miles de habaneros entraron en la embajada del Perú pidiendo asilo político. Eso era inadmisibile para la imagen pública que con tanto esmero cultivaba la *familia* y sus aliados comunistas. Era pues necesario darle una salida airosa a la situación creada.

El presidente yanqui Jimmy Carter, con su inocencia característica, declaró que Estados Unidos estaba dispuesto a recibir a todos los cubanos que quisieran escapar de la isla comunista e inmediatamente el capo de nuestra *cosa nostra* ideó un plan maestro para sacar ventaja de las declaraciones de Carter. Pública y oficialmente el gobierno cubano afirmó que todo el que quisiera irse podría hacerlo y habilitó el puerto del Mariel para que los cubanos de Miami pudieran ir en lanchas a recoger a sus familiares; simultáneamente la *familia* acudió a su arma favorita, las multitudes, para mantener el control de la situación interna. Estudiantes de varias escuelas habaneras fueron movilizados hacia los alrededores de la embajada del Perú para divertirse cayéndole a palos a todo aquel que quisiese agregarse a los que ya estaban metidos en dicha embajada. En todo el país los centros de trabajo y los llamados comités de defensa existentes en cada cuadra recibieron instrucciones de realizar actos masivos de repudio a todo el que solicitara oficialmente la salida del país. Repitiendo en Cuba lo que los grupos paramilitares nacional socialistas hicieron en Alemania antes, miles de casas fueron apedreadas durante dichos actos de repudio y el lanzamiento de huevos contra los que se presentaban en las oficinas de emigración a solicitar oficialmente el permiso requerido para salir del país fue la diversión por esos días de las turbas movilizadas por la *familia*. En lo mejor del revolico existente, Castro le dio su toque personal de dramatismo a

la situación creada al ordenar darle candela a un círculo infantil habanero. Ese fue el punto culminante de la intensa campaña de relaciones públicas dirigida por Castro para retomar el control del país. Una oposición inexistente y no identificada fue acusada del incendio del círculo infantil, en el cuál, gracias a la “oportuna” intervención de los bomberos, todos los niños fueron “rescatados” sanos y salvos.

La cosa terminó cuando Carter se dio cuenta de con quién estaba tratando y se negó a recibir a más gente, luego de que Castro ofertara a todos los presos no políticos existentes en sus cárceles un viaje gratis a los Estados Unidos y obligara, a las lanchas que arribaban desde Miami, a llevarse con ellos a varios “agregados” si es que querían regresar con los familiares que habían ido a buscar.

El control de la calle fue una obsesión para Fidel Castro. Cuando después de Gorbachov la *familia* perdió el apoyo ruso total, Castro, para contemporanizar con aquello del respeto a los derechos humanos, permitió la existencia de ciertos disidentes, siempre y cuando ellos se abstuvieran de usar su herramienta de control favorita: las multitudes. Todo el que intentó reunir gente y manifestarse públicamente fue encarcelado inmediatamente, pues todo buen manipulador sabe que su principal enemigo es aquel capaz de contrarrestar su influencia mediante un nuevo y más vigoroso estímulo sobre la gente. El capo de nuestra *cosa nostra* pertenece sin duda alguna al selecto grupo de hombres capaces de vencer con su verbo encendido cualquier resistencia... salvo la de un pequeño grupo de “sordos” imposibles de convencer y a los cuáles entonces debió vencer usando otros métodos más persuasivos. El argumento de la fuerza fue sin dudas el más convincente de sus argumentos.

Un tratamiento “especial” les brindó la *familia* a los intelectuales cubanos. Los intelectuales siempre han sido un hueso más duro de roer para los grandes manipuladores. El chino Mao se vio obligado a hacer una “revolución cultural” para controlar a los intelectuales en el último período de su vida. Mao acudió a las multitudes para echar lodo sobre los pensadores y en Cambodia, Pol Pot, menos dotado, optó por exterminarlos. Sin embargo, como la experiencia nazi demostró, y los rusos llevaron a la excelencia, hay intelectuales e intelectuales, y si se sabe escoger convenientemente siempre aparecerá el pensador que ponga su talento a los pies del mecenas que se disponga a mantenerlo.

Todo cuesta y no hay nada mejor en qué emplear el dinero que en pagar un buen elogio. Puesto que a los intelectuales les gustan los libros y los lectores, nuestra *cosa nostra* les dio libros y lectores. Los cubanos fueron masivamente alfabetizados para que pudieran leer los libros que fueron masivamente editados por las editoriales de la *familia*. Todo el que produjo elogios para la *familia* recibió la más amplia difusión y quien no supo o no pudo hacerlos fue relegado al olvido. La cosa fue más fácil gracias a la alianza de la *familia* con los comunistas porque los rusos llevaban años embelleciendo lo que hacían.

La mayoría de los artistas y pensadores no son como José Martí, que escribió sus lindos poemas con el lápiz y después quiso hacerlos realidad con la espada. Los Martí son pocos y mueren jóvenes, y la mayoría de los pensadores ni saben manejar la espada, ni quieren morirse pronto. Por eso no es necesario acortarles la vida como estúpidamente hizo Pol Pot. En Cuba, el capo de nuestra *cosa nostra* aplicó la receta rusa con muy buenos resultados. Los cubanos dentro de Cuba se sintieron orgullosos de contar con el gran escritor cubano Alejo Carpentier, el gran poeta Nicolás Guillén, la gran bailarina aclamada por el mundo entero Alicia Alonso, etc., etc. Incluso la Cuba de Castro produjo cantores como Silvio Rodríguez y Pablito Milanés, quienes gozaron de mucha popularidad en toda América Latina por cantar en contra de las dictaduras... extranjeras. El manto del silencio y el olvido cayó implacablemente sobre aquellos que no supieron lamer la mano que les brindaba fama y reconocimiento, y sólo los que pagaron el precio del exilio pudieron obtener en el extranjero, tras mucho esfuerzo y sacrificio, lo que la *familia* les brindó generosamente en su propio país.



La picaresca cubana

Nunca ha estado la picardía criolla mejor representada que en la persona de Fidel Castro. El arte de hacer errar al contrario es una de las habilidades en que el capo de nuestra *cosa nostra* alcanzó la excelencia. No se trata del eterno dilema de mentir, o ser honrado y decir la verdad a cualquier precio, que es como muchos intelectualoides tratan de enfocar el problema, la picardía es el arte de decir con gracia y hacer con efectividad lo que ha de hacerse o decirse para alcanzar un determinado fin.

Picardía fue rebajarse a sí mismo el salario como Primer Ministro en uno de sus primeros actos de gobierno y pocos años después no necesitar más un salario porque ya la *familia* era la dueña absoluta de todo. Picardía fue prometer elecciones inmediatas al tomar el poder, cuando todavía no tenía el poder consolidado y nunca hacer las prometidas elecciones.

Una genialidad fue haber llegado al poder diciendo la verdad, que no era comunista, para poder llegar y, luego de aliarse a los comunistas, para consolidar su poder decir que siempre fue comunista... y lograr que todo el mundo lo creyera las dos veces, y sacar ventaja de lo que la gente creía en ambos casos.

Una deliciosa exquisitez fue haber dicho públicamente “yo soy la revolución” en uno de sus discursos durante la crisis de los años noventa y disfrutar viendo cómo la gente que se pasó toda una vida creyendo estar haciendo una Revolución con mayúscula no acababa de reconocer la verdad que les estaba diciendo.

En 1970 mucha gente estaba descontenta en Cuba. Habían tenido que repetir un millón de veces “los diez millones van” durante todo el año, y lo que es peor, millones de cubanos habían sido movilizados para picar caña en la llamada Zafra de los Diez Millones para tratar de aplacar a los rusos, quienes estaban reclamando el azúcar que se les debía. Toda la fuerza del monopolio propagandístico de la *cosa nostra* se había volcado en vaticinar que los diez millones iban. Los escépticos fueron a parar a la cárcel por no creer en la matraquilla oficial... pero finalmente la zafra azucarera más larga de todos los tiempos terminó y los diez millones de toneladas de azúcar no se alcanzaron. Entonces Fidel Castro preparó el escenario para poder darle a

la gente la noticia de que, a pesar de todo, sus detractores habían tenido la razón y los diez millones no iban: un multitudinario, combativo y “patriótico” acto para recibir a unos presuntos pescadores secuestrados fue esmeradamente preparado. Con su estilo característico, lento, envolvente, inexorable, Castro manipuló a la multitud congregada y bien avanzado en su discurso, cuando la multitud excitada daba gritos de “Cuba sí, yanquis no”, el orador inspirado, como quien no quiere las cosas, cambió sutilmente a otro tema... y deslizó la noticia de que los diez millones no iban. Eso es habilidad. Eso es saber manipular a la gente.

En 1994, en lo peor de la crisis económica que siguió a la liquidación del negocio de la guerra por falta del pago ruso, una nueva ola de balseiros se desató en Cuba. El presidente Clinton, conocedor de lo que le pasó a Carter cuando los marielitos, prefirió poner punto final al problema firmando un acuerdo migratorio con el gobierno cubano. Desde entonces veinte mil cubanos se ganaban la lotería de visas y emigraban legalmente al país de “los malos” cada año. En el 2000 casi la mitad de los cubanos dentro de Cuba recibían algún tipo de ayuda de sus familiares en el exilio y a pesar de esa realidad Castro protagonizó ese año su más famosa campaña de relaciones públicas. Acudiendo absolutamente a todos sus resortes, la *familia* puso a la gente en Cuba a protestar públicamente por las facilidades que los yanquis daban a los cubanos para emigrar a Estados Unidos. La misma gente que participaba en las marchas multitudinarias coreando las consignas escogidas por Castro, o pidiendo el regreso del niño náufrago Elián, era la gente que se jugaba la suerte en la lotería de visas con la esperanza de darles a sus hijos lo que Elián podía haber tenido de haber permanecido en Miami con su tío.

Las cualidades dramáticas del capo de nuestra *cosa nostra* brillaron una vez más durante la odisea del niño Elián. Castro logró lo que parecía imposible tras cuarenta años de dictadura. Haciendo uso de sus recursos millonarios, aprovechando el hambre noticiosa que caracteriza a la prensa libre, mandando abuelas en aviones particulares al país de los yanquis, pagando abogados superestrellas, manipulando como nunca antes a la gente dentro de Cuba, en fin, creando noticias y bailando en casa del trompo, Castro logró cautivar a los yanquis con su historia. Y mientras Castro se daba gusto manipulando a la prensa yanqui, la *familia* usaba toda la fuerza de su control monopólico sobre los medios de difusión masiva dentro de Cuba e inventaba las llamadas “mesas redondas” donde, bajo la

observación silenciosa de Castro, decenas de periodistas e intelectuales se esmeraban en encontrar una nueva forma de presentar los argumentos ideados antes por Castro.

De lo mejor de la picaresca iberoamericana es haber incluido un cintillo en el peso cubano de papel que editaba la *familia* que decía: “Este billete tiene fuerza legal ilimitada en todo el territorio nacional”... y haber omitido la coletilla “menos en las shopping”. Aun mejor era el cintillo grabado en la otra cara del peso cubano: “Intercambiable por su valor en oro”.

Durante la era de Castro la gente en Cuba se sentía muy orgullosa de ver cómo los atletas cubanos, todos profesionales, mal pagados, eso sí, pero bien profesionales, conquistaban victoria tras victoria sobre los equipos amateurs de otros países. Desdichadamente, los magnates que controlan el béisbol de Grandes Ligas en Estados Unidos nunca permitieron a la *cosa nostra* cubana entrar en el negocio, con lo que los yanquis no pudieron disfrutar el placer de ver en acción al equipo de pelota cubano, el único equipo profesional de béisbol que jugó durante años en los Juegos Olímpicos y, sin dudas, el más “económico” de todos los equipos del béisbol profesional de alto nivel.

Fidel Castro fue un artista... de la picaresca. Él fue capaz no sólo de hacer errar al contrario, sino también al partidario. El capo de nuestra *cosa nostra* ganó fama mundial de líder nacionalista e independentista. De tanto oírlo hablar mal de los imperialistas yanquis... todos lo creyeron antiimperialista e independentista. Pero la picardía es el arte de decir con gracia y hacer con efectividad lo que ha de hacerse o decirse para alcanzar un determinado fin, y para un pícaro la palabra es un arma, no una confesión. Mientras declaraba querer evitar una invasión yanqui en Cuba, Fidel Castro permitió la entrada en Cuba, furtiva, bien a escondidas de la gente, de más tropas rusas que yanquis han estado nunca en nuestro país. Mientras pregonaba la independencia de Cuba... de los yanquis, Cuba fue una dependencia de los rusos. Mientras se convertía en uno de los más vociferosos miembros del Grupo de los No Alineados, Cuba estaba perfectamente alineada al lado del imperio ruso y mantenía tropas rusas en el territorio nacional.

El capo de nuestra *cosa nostra* usaba de manera sabia el arma de su voz. Decía lo que quería que fuera oído... y repetido, callaba lo que le convenía callar... y no era esclavo de sus palabras, sino su amo. En los años 80 viajó a la mayoría de los países de Europa del Este y a Rusia y regresó hablando maravillas de lo logrado por el socialismo en esos países, esas maravillas se transformaron radicalmente cuando, luego de las revoluciones de terciopelo en esos países, Castro incluyó en sus discursos una vívida descripción de la mala calidad de los productos que esos países le suministraron a Cuba durante años.

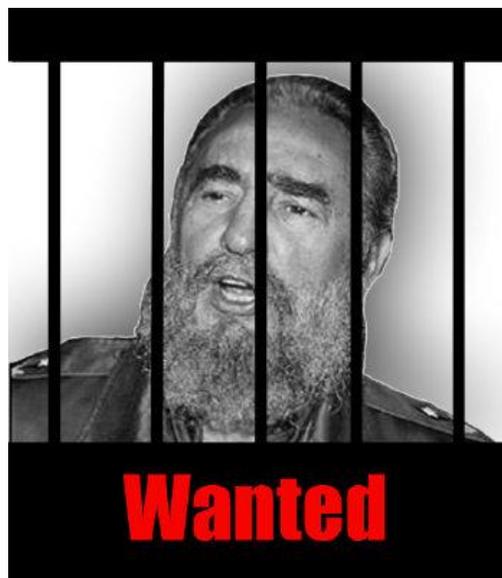
En 1975 los chinos fueron vilipendiados por la aguda lengua de Castro. Era la época en que los rusos le pagaban bien a la *familia* por el envío de tropas cubanas a Angola. Los chinos estaban en pugna con los rusos y apoyaban a un grupo guerrillero rival en Angola. Las entonces novedosas experiencias de mercado en China, introducidas por el sucesor de Mao, Deng Xiao Ping, fueron duramente criticadas por la prensa de la *familia*, que también dio amplio apoyo a los vietnamitas durante la guerra fronteriza contra los chinos. En 1989, la suave lengua de Castro defendió a Deng Xiao Ping por haber ordenado la masacre de Tiananmen, donde los estudiantes chinos que pedían reformas democráticas fueron aplastados por los tanques del ejército chino. Eran los años de la perestroika de Gorbachov, los rusos ya no pagaban... y los chinos no fueron más los invasores de los vietnamitas, ni los que pagaban mercenarios en Angola, ni los que coqueteaban con el imperialismo con sus reformas económicas liberales, aunque seguían, eso sí, gobernados por la misma persona.

El capo de nuestra *cosa nostra* era un maestro en el uso del lenguaje. Llamó “período especial en tiempos de paz” a la profunda crisis económica en que cayó Cuba tras la caída del imperio ruso. Nunca la palabra crisis fue usada dentro de Cuba para calificar lo que pasaba en el país. Llamó gusanos a sus opositores y logró que hasta los mismos vilipendiados se sintieran aludidos por el despectivo término. Llamó bandas a los grupos guerrilleros que en el Escambray se le opusieron con las armas. Llamó terroristas a los que acudieron a las mismas tácticas para luchar contra él que las que usaron los “combatientes de la clandestinidad” del movimiento 26 de Julio para combatir a Batista.

Según él, los cientos de presos políticos que mantenía en las cárceles eran presos, pero no políticos. Tras 40 años en el poder seguía haciéndose

llamar un revolucionario, cuando era la *familia* la única interesada en que no ocurrieran cambios en Cuba. Los auténticos revolucionarios de los años noventa en Cuba, los que querían cambios democráticos en Cuba, fueron llamados “grupúsculos contra revolucionarios” y con tanto éxito, que muchos de los opositores pacíficos cubanos se sentían insultados cuando alguien les decía que en el siglo XXI ellos eran los únicos y auténticos revolucionarios cubanos.

En la Cuba de Castro la adoctrinación masiva fue llamada educación, a lo obligatorio se le llamaba voluntario, la dictadura contra el proletariado fue llamada dictadura del proletariado, la desinformación sistemática fue llamada información, el fraude académico generalizado fue utilizado para mostrar al mundo la excelencia del sistema educacional cubano, la propiedad de la *familia* fue llamada propiedad de todos y la gente llamaba “lo que me toca” a lo que compraba en las tiendas de la *familia*. El ciudadano común fue obligado a robar diariamente para sobrevivir, y el pueblo para evitar el escarnio llamó “conseguir” al robo que el corruptor lo obligaba a hacer. Por la misma razón la prostitución fue renombrada por el pueblo con el menos ofensivo nombre de jineterismo, y el servilismo fue considerado una virtud. La confusión creada fue tal que ni dentro ni fuera del país fueron muchos los que supieron en vida de Castro que lo que realmente pasaba en Cuba es lo que naturalmente debe pasar en todo país donde el crimen organizado toma el poder total del estado.



Epílogo

Fidel Castro fue, sin dudas, un gran... hijo de puta. En un mismo hombre se juntaron a la vez una falta absoluta de escrúpulos, una habilidad increíble para la intriga y una excepcional capacidad para manipular a la gente. Siendo esencialmente un mafioso, supo crearse una leyenda que le sirvió de escudo.

El caso Castro merece atención puesto que no es único. Las tiranías han sido un mal endémico en Latinoamérica y en particular en Cuba. En el primer siglo de existencia como república independiente el pueblo cubano ha sido pisoteado por las botas de tres militares. Luego de un comienzo incierto, matizado por dos intervenciones militares de Estados Unidos provocadas por luchas intestinas entre los otrora líderes mambises, a finales de la década de los veinte el general mambí, Gerardo Machado, luego de ser electo en las urnas, abusó de la democracia y cambió las reglas de juego para garantizar su reelección.

Gerardo Machado cayó producto del empuje de fuerzas nuevas, ajenas a los líderes históricos de la guerra de independencia contra España. Fulgencio Batista, un joven sargento, fue el líder militar de la revolución del 33 que tumbó a Machado, logró la eliminación de la injerencista Enmienda Platt que daba a Estados Unidos derechos para intervenir en los asuntos cubanos, y dio al pueblo cubano la Constitución del 40, sin dudas la constitución más progresista que jamás haya tenido la República de Cuba. El dominio del ejército convirtió a Batista en el hombre fuerte en Cuba durante los siguientes veinte años. Durante esos veinte años Batista recorrió la trayectoria típica de un caudillo latinoamericano: empezó siendo un líder revolucionario procedente de un sector humilde de la población, se convirtió en general del ejército de la nación luego ser su jefe indiscutido, fue electo presidente por el pueblo y con el apoyo de las nuevas fuerzas revolucionarias que acabaron con la tiranía de Machado, incluyendo entre ellos a los comunistas cubanos... luego de cumplido su mandato dejó de ser presidente, pero no renunció a seguir siendo el hombre fuerte en Cuba y acabó dando un golpe de estado para volver a ser *El Presidente* a principios de los años cincuenta.

Ese fue el comienzo de un ciclo aún más largo de caudillismo y tiranía en la historia de Cuba. Otro joven ambicioso, Fidel Castro, se lanzó a atacar un cuartel. En 1959 Batista huyó con su fortuna robada de los fondos públicos, se compró una isla para garantizar su seguridad personal y murió de viejo rodeado de guardaespaldas. Fidel Castro, el líder militar de la revolución del 59, quien gozó de amplio apoyo popular debido a sus promesas de reinstaurar la democracia en Cuba, poco después de llegar al poder enseñó sus verdaderas intenciones y se convirtió en el protagonista de la más larga y severa tiranía que haya padecido pueblo latinoamericano alguno.

No todos los tiranos son iguales, pero todos tienen rasgos comunes que han sido mostrados magistralmente por varios talentosos escritores latinoamericanos. Lo real maravilloso de Latinoamérica existe en nuestra literatura y existe en la vida cotidiana de nuestros pueblos. A pesar del talento de nuestros escritores, el típico tirano patriarcal latinoamericano no abarca la gran variedad de tiranos que nuestros pueblos americanos han tenido que sufrir. Ni el más talentoso de nuestros grandes escritores pudo imaginar que Perú pudiera haber sido gobernado durante años por un ciudadano japonés, o que en el Ecuador un presidente electo por el voto popular fuera meses después expulsado del trono a pedradas por dedicarse a ir a los barrios pobres a cantar y divertirse.

El fenómeno de la “gangsterización” de los tiranos no ha sido aún abordado por nuestros literatos. El típico tirano patriarcal latinoamericano que ha sido llevado a la literatura está motivado por una mezcla de machismo, adicción al poder y un embellecido sentimiento patriarcal del tirano hacia sus vasallos. Pero la realidad latinoamericana de finales del siglo XX fue mucho más cruda que esa visión paternalista de las tiranías latinoamericanas. Los desaparecidos de Argentina no fueron frutos del paternalismo de los militarotes en el poder, ni fueron las víctimas de la Caravana de la Muerte frutos del paternalismo de Pinochet.

El tema del tirano gangster no ha sido aún abordado por la literatura latinoamericana a pesar de ser una patética realidad. El general Noriega, en Panamá, posaba de antiimperialista y revolucionario cuando en realidad era un narcotraficante de altos vuelos; la realidad cubana de la segunda mitad del siglo XX y los primeros años de este siglo muestra lo que ocurre en un país cuando es gobernado siguiendo las reglas de la *cosa nostra*; y la

tragedia colombiana es quizás el ejemplo más terrible de cómo el crimen organizado puede comprometer el futuro de todo un pueblo aún sin haber alcanzado el poder.

El caso Castro merece máxima atención puesto que no es único. El fenómeno de un líder ambicioso, adulator y sin escrúpulos, dispuesto a lucrar a expensas de la credulidad de un pueblo ansioso de un salvador imposible se repite como un tema fatal en nuestros pueblos de América. El fenómeno Chávez en Venezuela tiene demasiadas similitudes con el caso cubano como para pasar inadvertido.

Lo común en todos los tiranos en ciernes es la búsqueda incesante de más poder. Para lograr concentrar todo el poder en sus manos el tirano acude a cantos de sirena e inventa un enemigo. El futuro tirano ha de convencer a sus futuros vasallos de que guiados por él, y sólo por él, pueden sus futuros vasallos sobrevivir los cataclismos que están por venir y alcanzar el paraíso terrenal que todos ansían.

Las tiranías surgen en los pueblos enfermos. Las tiranías son el cáncer de las democracias. Hitler llegó al poder ayudado por la penuria económica y la frustración del pueblo alemán debido a la derrota alemana durante la primera guerra mundial. Castro inició su carrera como un luchador contra un golpe de estado que puso en crisis las instituciones democráticas existentes en Cuba. Pol Pot, en Camboya, llegó al poder luchando contra el invasor extranjero.

Luego que la tiranía se ha afianzado les es muy difícil a los pueblos sacudirse de arriba al que usualmente una vez fue llamado “el salvador”. Es por ello que los pueblos tiranizados necesitan de la ayuda de los pueblos libres... y los pueblos cegados por el tirano en ciernes necesitan de la voz amiga que le haga ver la trampa que se le tiende.

El pueblo alemán, fascinado por Hitler y el nacional socialismo y atrapado en la guerra, solo pudo librarse de la maldad del caudillo por la derrota total del fascismo en Europa, que puso punto final a la segunda guerra mundial. El pueblo camboyano, vuelto a la barbarie por el salvajismo de Pol Pot y los khmers rojos, solo pudo salir de la pesadilla que vivía después de la invasión vietnamita a Camboya. Los españoles tuvieron que esperar por la muerte de Franco para retornar a la democracia.

Un pueblo sano no necesita de un salvador. Un país con una economía sólida e instituciones democráticas sanas no busca desesperadamente a un tirano para que arregle lo que sólo puede ser remediado por la batalla equilibrada de múltiples intereses, característica de toda democracia. Ningún amante de la libertad le pide a un tirano que haga lo que él sabe que es su indeclinable obligación de ciudadano libre.

Las tiranías existen porque la libertad implica una mayor responsabilidad que el servilismo: cada ser humano ha de conquistar y ejercer cada día su libertad o ha de resignarse a ser avasallado por aquel en quien delegó el ejercicio de sus potestades. La democracia es, por excelencia, una forma de gobierno que facilita a los ciudadanos el ejercicio de sus libertades. El totalitarismo es su opuesto, es una forma de gobierno donde proliferan los vasallos.

Lo común entre la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin fue el totalitarismo, fue la negación de la democracia. Tal vez lo más importante del siglo XX fue la batalla ideológica entre los admiradores del totalitarismo y los creyentes en la fuerza de las democracias. Lenin y los bolcheviques en Rusia, Mussolini y los fascistas en Italia, Hitler y los nacional socialistas en Alemania, pusieron de moda el totalitarismo en Europa. Lenin, Hitler, y Mussolini fueron líderes carismáticos que fascinaron a sus pueblos. Ellos y los ideólogos que los rodearon embellecieron la doctrina totalitarista. Cada uno a su manera logró millones de seguidores.

Por suerte, la práctica social, el máximo criterio de la verdad según Karl Marx, el profeta de los comunistas, sacó a la luz el rostro feo de la doctrina totalitarista, la cuál recibió un golpe terrible con la caída del imperio ruso a finales del siglo pasado.

A la sombra del imperio ruso y de su entonces bella doctrina totalitarista surgieron pequeños sátrapas que disimularon su entreguismo al imperio y sus ansias de poder bajo las banderas de lo que la doctrina totalitarista del imperio ruso llamó “internacionalismo proletario” y “dictadura del proletariado”. En particular, en Cuba, un grupo de pistoleros instauró una típica tiranía latinoamericana más.

El renovado impulso de las ideas democráticas a finales del siglo pasado, luego de la caída del imperio ruso y la consiguiente bancarrota de su

doctrina totalitarista, puso en aprietos a las satrapías que florecieron a la sombra del imperio. En Cuba, el carácter mafioso del grupo en el poder se hizo evidente cuando la mafia cubana, temerosa de que el descrédito ideológico la llevara a perder sus privilegios, modificó su discurso. Fidel Castro dejó de llamar “dictadura del proletariado” a su tiranía e hizo hasta lo imposible, sin éxito, por tratar de convencer al mundo de que su tiranía era compatible con una de las piedras angulares de toda moderna democracia: el respeto a los derechos humanos y civiles de todos los ciudadanos.

La tarea que enfrenta el tirano en ciernes Hugo Chávez es muchísima más difícil que la que enfrentó en 1959 su declarado amigo Fidel Castro. Fidel Castro tuvo la suerte de llegar al poder en una época cuando las doctrinas totalitaristas de Mao y Stalin estaban de moda, lo que le permitió disfrazar sus esfuerzos personales por lograr el control total del poder como una lucha por instaurar en Cuba una “dictadura del proletariado”. A falta de una doctrina hermosa que justifique una tiranía Hugo Chávez ha hecho todo lo posible por embellecer cuanto totalitarismo hay en el mundo, desde la tiranía gangsteril de Fidel Castro en Cuba, pasando por la cruel tiranía de Sadan Hussein en Iraq, hasta el “totalitarismo de mercado” que existe en China. Sólo que tal vez lo ha hecho a destiempo, antes de tener el poder absoluto en sus manos, error que no cometió su admirado Fidel Castro, el cual sólo habló de “dictadura del proletariado” después de que su mafia tenía el control absoluto del país.

Tengo fe en que el pueblo venezolano y las instituciones venezolanas hallarán la forma de reformar a su país sin tener que acudir a los malos servicios de un tirano latinoamericano más. Tengo fe en que Chávez no se saldrá con la suya y en que la apertura informativa que seguirá inexorablemente a la desaparición definitiva de la mafia en el poder en Cuba ayudará al pueblo venezolano y a toda latinoamericana a tomar conciencia de lo que realmente ocurrió en Cuba durante más de cuarenta años.

Tengo fe en nuestros pueblos de América. Las tiranías son el cáncer de las democracias producido por la pobreza. La pobreza es la causa fundamental del cáncer que ha corroído durante mucho tiempo a las democracias latinoamericanas. La pobreza produce desesperación y los desesperados claman por un salvador imposible. No necesitamos salvadores. Necesitamos, eso sí, hombres decididos a facilitar que cada americano esté en condiciones de luchar por salir de la pobreza.

Necesitamos hombres decididos a servir, no decididos a hacerse servir. Necesitamos instituciones democráticas que garanticen que los buenos, dedicados a servir a sus pueblos, los sirvan y se retiren cuando cumplan su mandato para dar oportunidad a otros buenos a servir a su vez. Necesitamos instituciones democráticas que garanticen que los pícaros no puedan encaramarse de por vida sobre el pueblo que fingen servir. Necesitamos instituciones democráticas que protejan al que no ha tenido fortuna y al que la ha tenido y que ayuden a distribuir la riqueza entre todos sin matar para ello a la gallina de los huevos de oro que produce la riqueza. Para distribuir la riqueza primero hay que tenerla.

Las tiranías son buenas... para los tiranos. Los totalitarismos son buenos... para cuanto pícaro y delincuente andan por ahí. Los tiranos son como la lotería: prometen una salida fácil a un problema difícil y sólo uno entre millones realmente satisface las expectativas. No hay salida fácil a nuestros problemas y, en todo caso, la salida no es nunca una tiranía. Los pueblos deberían darle un plazo inviolable a todo el que les dice que quiere ayudar... y asegurarse de estar en condiciones de obligarlo a que cumpla con el plazo dado y con las promesas. Los pueblos no deberían permitir nunca, pero nunca, que quien dice ayudarlos los “ayude” más allá de ese plazo fijo, ni deberían poner poderes en sus manos mayores de los que los pueblos tienen para obligarlo a hacer lo prometido. Si alguien quiere ayudar más allá del plazo máximo establecido, que deje que otros ayuden... y que se ponga a trabajar junto con todos los demás para ayudar a que otro pueda dar su contribución al bien común.

El socialismo totalitario, ese que la doctrina totalitarista del imperio ruso llamó eufemísticamente “dictadura del proletariado”, ese que produjo la monarquía existente en Corea del Norte, ese que produjo al genocida Pol Pot en Camboya, ese que puso a una mafia en el poder en Cuba, probó ser tan fatídico como el “nacional socialismo” de los fascistas alemanes. Su defecto principal es la consagración de la dictadura como forma de gobierno. Todas las dictaduras son malas, significan el monopolio del poder por unos pocos y a la larga siempre acaban produciendo más penas que beneficios a los pueblos que las padecen, llámese el dictador Augusto Pinochet, Nicolae Chausescu, Anastasio Somoza, o Fidel Castro.

En particular, en Cuba, país caribeño y rico en mestizajes y mezclas, la mafia local erigió su imperio a la sombra del imperio ruso y dio lugar a un nuevo tipo de tirano latinoamericano: el tirano gángster, el sátrapa mafioso.

Los cubanos decimos, si Castro fue tan bueno como decía ser, ¿por qué tras más de cuarenta años ininterrumpidos de dictadura Castrista el pueblo cubano es más pobre que antes? Castro ha demostrado ser muy bueno... para sí mismo.

Los cubanos decimos, si Castro fue tan bueno como decía ser y la miseria en que vive el pueblo cubano se debe a que Estados Unidos no quiere comerciar con Cuba, como siempre dijo Castro, entonces ¿por qué Castro no le hizo nunca al pueblo cubano el favor de retirarse y permitir así que las relaciones económicas entre Cuba y Estados Unidos se reanudasen?

Los cubanos decimos, ¡qué raro!, según Castro todos los que se le opusieron fueron gente mala y todos los que lo apoyaron eran como angelitos, ¡qué raro que Castro fuera tan bueno y tanta gente quería ajusticiarlo!, ¡qué raro que Castro hubiera sido tan bueno y siempre tuviera que estar rodeado de un numerosísimo cuerpo de guardaespaldas!

Los cubanos decimos, si Castro fue tan modesto como decía ser, si no fue tan ambicioso como los hechos demuestran, si no sentía una atracción irresistible por el poder, ¿por qué tras más de cuarenta años ininterrumpidos de ejercer el poder absoluto no cedió nunca su puesto a sus supuestos seguidores?

Según Castro, él era un santo. Según muchos de sus opositores, Castro fue un tirano comunista más. Según los tercos hechos históricos, Fidel Castro fue, realmente, un mafioso.

El que tenga oídos que oiga, el que tenga ojos que vea. Reciba la mano amiga el ciego y sordo por cantos de sirena. Desprecio eterno para los manipuladores sin escrúpulos que lucran de las desdichas y la credulidad de nuestros pueblos.

El Autor.



HabanaMafia.com



HavanaMafia.com